

blemente fruto, tal vez inevitable, del mismo plan y ejecución de la obra. Ya trató el mencionado Vilanova, en su crítica de «Destino», de la imposibilidad de plasmar en ciudad como Gerona la compleja lucha ideológica y real de toda España. El resultado necesariamente tiene que ser una Gerona que de tal en la acción conserva únicamente su nombre, el de sus monumentos, calles y plazas, y que sólo aparece sentida y verdadera en alguna página descriptiva, al margen casi de la narración.

Si todo lo citado, y que sólo para los gerundenses puede ser defecto, viene ya originado por la idea con que la obra fué concebida y ha sido ineludiblemente realizada, hay otra larga serie de detalles menos importantes pero menos comprensivos y que por su mismo número hieren la susceptibilidad del gerundense observador. Efectivamente el novelista cita y sitúa exactamente calles, monumentos, instituciones... Entresacamos a guisa de ejemplos: el salón de baile «El Globo», el «Ateneo», la «Piscina»...; con nombres velados o supuestos, el Banco Arús, el Café Neutral...; citas exactas como la de «un Editorial importante pero dedicado exclusivamente a libros de texto», «la caja de reclutas, caserón húmedo de la calle de la Forsa», la «construcción de un Mercado cubierto sobre el río, sobre el Oñar», la inauguración de la Piscina en el campo de Marte, el 30 de Julio (equivocando aquí el mes)... Describe los efectos de la tramontana; hace una detallada y emotiva descripción de la Procesión de Viernes Santo, otra del Vía Crucis, del valle de San Daniel... Pero frente a tales realidades y al verdadero derroche de detalles

localistas, destacan con mayor contraste innecesarias inexactitudes. Describiendo el Vía Crucis, por ejemplo, nos habla del «Calvario... donde una ermita presidía todos los alrededores de la ciudad». En otra ocasión hablará de las «Pedreras, prolongación de la (montaña) de Montjuic». Dirá más adelante que el sol «asomaba tras la silueta de Montjuic...». Para describir la fiesta de la Rambla y ambientarla cree oportuno hablar de «típicos monigotes de madera colgados en el aire». Demuestra una reiterada predilección, lo hace varias veces, en envejecer a los árboles de la Dehesa llamándolos «milenarios». Situará, en el año 1934, el Museo Diocesano en su actual emplazamiento en Casa Carles...

En fin todo ésto son detalles, intrascendentes, que no importan al artista, pero éste no debe extrañar si el público que conoce su ciudad se asombra al no verla aceptada plenamente ya que lo hace en tan gran parte. ¡Tan fácil como a Gironella le habría sido hacer verdaderamente que sus personajes fueran todos, como en el prólogo dice, imaginarios! ¡Tan fácil le habría sido, ya que de nuestra ciudad tomaba el nombre y realidad, y que con tanto detalle la describe unas veces, no desfigurarla innecesariamente otras..!

Nosotros opinamos, sincera y humildemente, y con ello intentaríamos explicar muchas cosas, que el propio Gironella podría en más de una ocasión apropiarse la definitiva y definidora frase de su volteriano héroe Ignacio y con él exclamar: «¿Por qué diablos seré tan complicado?».